
Foro “Ni madres”

Convocamos a este foro por vía electrónica. Juntamos una lista de ocho direcciones y lanzamos una provocación para reflexionar acerca de la decisión de un grupo de mujeres de no convertirnos en madres. Participamos Victoria (50 años), Alexis (57 años), Miranda (41 años), Larissa (32 años), Alba (50 años), Sonia (30 años), Artemisa (51 años), y Fernanda (43 años). Destacan las reflexiones acerca del deseo (o la ausencia del mismo), la preocupación sobre el futuro, la voluntad de realizar una experiencia distinta de *ser mujeres* y la certeza de que la decisión ha sido la acertada. Finalmente, la diferencia entre las mujeres que han decidido ser madres y las que han decidido no serlo no es tan definitiva como aquella que podemos intuir entre las mujeres que han decidido algo y las que se han visto obligadas por las circunstancias o bien a ser madres o bien a renunciar a la maternidad.

Victoria: Acabo de cumplir 50 años y creo que ahora sí —¡por fin!— me llegó la bendita menopausia, de modo que mi posibilidad biológica de convertirme en madre ha quedado cancelada (ya sé que ahora las ciencias adelantan que es una barbaridad, pero, francamente, no tengo ninguna intención de dar el santanazo tecnológico). Desde el momento en que comencé a tener relaciones sexuales (soy buga), la posibilidad de quedar embarazada me obligó a tomar la decisión de evitarlo. No fue una sola decisión lineal y constante, sino un montón de momentos críticos que requerían un sí o un no. Tal vez el momento más crítico ocurrió unos meses antes de cumplir 30 años. Tenía tantas ganas de convertirme en madre, que soñaba con bebés todas las noches. Si mi pareja de aquella época hubiera dicho “órale”, ahora tendría una criatura de 19 años. (Me escandaliza nuestra manera de concebir la maternidad: puse “tendría”. Los(as) hijos(as) se tienen. Son nuestros(as).) El siguiente momento terrible ocurrió cuando yo tenía como 45 años y a mi pareja le dio la crisis de la edad madura y se moría de ganas de convertirse en padre. Estuvimos a punto de tronar porque, ya para esa época, yo tenía muy claro que no quería ser madre. “Si quieres reproducirte, vas a tener que buscar a otra mujer, de preferencia más joven que yo...”

Alexis: Desde que reconocí mi lesbiandad, la posibilidad de ser madre estuvo anulada de mi espectro, a pesar de mis prácticas bisexua-

les. Alguna vez temí estar embarazada, fue horrible la espera de la menstruación, aunque nunca dudé de mi decisión de no ser madre.

En mi primera relación estable, con una hetero y con su hijo, sentí que me había realizado como madre. Disfruté mucho al chamaco, verlo crecer, aprender y desarrollarse. Le dediqué mucho tiempo, amor y trabajo. Sin embargo, años después de la separación, dejamos de vernos y de saber una del otro.

Alrededor de los 40, en mi pareja se planteó la posibilidad de la adopción. El trabajo en las comunidades de mi pareja le hacía querer ayudar a todos las niñas y niños con que se topaba. Al principio lo consideré, pero viendo su entusiasmo, pronto me vi rodeada de un buen número de ellos, lo conversamos y desistimos.

Más recientemente, ya en los 50, con una pareja menor de 40, hubo una nueva ilusión. A ella le emocionaba mucho la idea, quería que criáramos una criatura juntas. Yo me asusté, era muy pronto, recién empezábamos y no sabía para dónde íbamos. Al cabo del tiempo, acepté la idea, pero las cosas se han complicado y no se ha concretado. Las agendas, el trabajo, no parecieran compatibles. Además, ha pasado el tiempo y no estamos seguras más de tener tiempo.

Así, aunque nunca me ha llamado el deseo por un embarazo, la idea de criar no me espanta. Es más, la he disfrutado.

Miranda: Tengo 41 años, en enero cumpla los 42 y no tengo hijos y puedo decir que nunca tuve un deseo digamos así ... fuerte, de ser madre. No sé, en mi caso, puedo decir que entre comillas decidí no tener hijos. Esto lo digo porque soy buga y desde que tuve relaciones sexuales con mi primer novio pues nunca pensé en tener un(a) hijo(a) de él. Tuve un par de sustos, no me bajaba, y me llegué a inyectar esa cosa que no me sé su nombre por si las dudas ... Pero nunca me embaracé, nunca me he embarazado en mi vida.

Después de él tuve un periodo de bastante actividad sexual con diferentes hombres. Andaba en la crisis del desamor porque el novio se me fue a Estados Unidos a "probar mundo" (éramos unos chamacos de 20-21 años) y yo sentí un abandono cabrón y empecé a salir con muchos chavos. En ese entonces usé pastillas anticonceptivas y luego el dispositivo. Sin embargo, a los 24 años, cuando conocí al que es actualmente mi marido (aunque vivimos separados desde hace casi tres años y vamos a reintentar la convivencia en un solo espacio —¡qué chingao miedo!—), usaba el dispositivo porque las pastillas me cayeron muy mal, me manché de la cara y me afectaban mucho el estado de ánimo.

Total que la vida sexual siguió y un día que me cambié el dispositivo prácticamente ¡se me salió! en un concierto (creo que de Peter Gabriel, ya ni me acuerdo), me lastimé mucho y ya no quise seguir con este aparatejo. Así que empezamos a usar condón, estaba además el asunto del sida medio cabrón y no sé, lo empezamos a usar sin problema. Él en un momento dado planteó tener hijos, pero nunca así como muy convencido, y yo también de repeeeente llegué a pensar en eso, pero nunca —de verdad— me vi a mí misma como madre. No sé, ha pasado el tiempo, condones han ido y venido, relaciones con y sin condón —lo que obviamente no es muy recomendable más allá de la posibilidad de embarazarse—, algunos hombres (se) han ido y (se) han venido y yo, nunca quise embarazarme y tampoco me ocurrió. Así que... para mí es ya una situación asumida; si llegara a embarazarme, abortaría, punto. No me miro a mí misma como madre y tampoco me siento incompleta o que me falte algo.

No han faltado comentarios como: “no sabes lo que te pierdes” y yo sonrío un poco y digo: “pues no, y como no lo sé, no puedo lamentarlo”. Es curioso; como me encantan los gatos, los adoro, no falta quien interprete que ahí saco mi “maternalidad” y probablemente sí, no lo sé, no me importa, yo los adoro y no me cuestiono que tenga una “falta” que tenga que llenar con mascotas, siempre me han gustado y son parte de mi vida.

Ahora que vamos a intentar mi galán y yo vivir juntos pero no revueltos, él tiene claro que yo no quiero tener hijos. Y nunca me lo ha reclamado, dice quererme mucho y que lo lamenta un poco pero... no sé, al menos no me ha expresado estar traumatizado o algo así.

Larissa: Tengo 32 años. Nunca he sentido el deseo de ser madre. Hace un año y medio creí estar embarazada y la agonía duró un fin de semana (análisis errados, médico fuera de la ciudad, domingo de por medio...) en el que confirmé que no quería tener hijos y, de haber estado embarazada, hubiera abortado. Aquellas horas también fueron fundamentales para mi pareja; él tiene un hijo de 11 años (sí, soy mamá postiza) y el incidente también lo llevó a confirmar que no deseaba tener más.

Creo que, por mi edad, ahora estoy atravesando la etapa en la que sólo espero no arrepentirme más adelante de la decisión de no tener hijos. Vengo de una familia bastante liberal y respetuosa, por lo que ahí no ha habido presión, ni me preguntan por qué no me caso ni cuándo

vamos a tener hijos. Mi círculo profesional y amistoso también se distingue por alejarse de los convencionalismos, pero todavía subyace cierto “gusanito”, es decir, ya no está la amiga que abre los ojos desmesuradamente cuando se entera de que no tienes hijos ni te apetece tenerlos, pero de alguna forma percibes que te toman por bicho raro. Tampoco hay muchos hombres que compartan o respeten este tipo de decisión; en nuestra cultura se sigue pensando que la mayor aspiración en la vida de un ser humano es tener un hijo... y si eres mujer, ni se diga.

Además de no sentir el deseo (lo del “instinto” siempre me ha dado risa, la verdad), mi estilo de vida no es compatible con la responsabilidad permanente que implica un hijo. Mi relación con mi hijastro es muy, muy buena. Con los hijos de la persona que amas sucede un fenómeno muy interesante: al principio, los miras con cara de “ya ni modo” (vienen con el paquete); si la relación de pareja crece, aprendes a verlos como personas individuales, ya no como una extensión del objeto de tu amor; si la cosa cuaja, aprendes a quererlos incondicionalmente, al punto que a veces te preguntas qué harías si la relación se acaba, porque seguro extrañarás más al pequeño que a su papá. Me parece que este tipo de vínculo está muy subvaluado en nuestra sociedad y muy poco investigado. Las madrastras no somos mamás (y pobres de las que se cuelgan el letrerito... los niños siempre saben distinguir quién es quién en su vida, y si los incomodas te lo dicen sin tapujos), pero podemos establecer lazos únicos.

Alba: Tengo 50 años. Supe que no iba a ser madre cuando comencé a vivir una vida por fuera y al margen de los esquemas familiares. Por supuesto que no fue algo así racional, de un día, en tal fecha, sino algo que fue dándose de manera intuitiva, medio planeado, gracias a los anticonceptivos. Esto sucedió, más o menos, cuando cursaba el último año de la preparatoria. Debo aclarar que todas mis amigas de generación (nacidas en la década de los años 50), inclusive mi hermana menor, se preparaban intensamente entre los 15 y 18 años, una tras otra, para el eterno ritual de paso: el noviazgo, la pedida de la mano, el matrimonio por lo civil, la boda, la luna de miel, los hijitos, la casita, etcétera. Ninguna de ellas se había planteado ingresar a la universidad, salvo muy pocas, tres o cuatro de mis mejores amigas. El resto de las amigas eligieron estudiar, en vez de la preparatoria, para educadoras, decoradoras o secretarias. Pero a mí me interesaba muchísimo entrar a la universidad. No podía creer que mi vida terminara así tan rápido,

como la de “todas” las mujeres y familias que había conocido en mi pueblo. Repitiendo la vida como la de nuestras abuelas, nuestras madres y parientas, quienes no habían estudiado una carrera, y mucho menos habían trabajado profesionalmente. Es más, ¡ninguna de estas mujeres trabajaba! Yo quería una vida diferente.

Yo estudié, junto como un grupo de amigas de Los Mochis, el kinder y la primaria allá, y luego estudiamos aquí, en un colegio para señoritas, que nos tenía enclaustradas a piedra y lodo, tras las paredes de un internado y convento de monjas en Francisco Sosa, en Coyoacán.

El 68 fue impactante para mí. Lo viví entre mil sucesos: mis ridículos quince años, vestida con ropa del siglo diecinueve, pero enamorada del bajista del grupo de rock, para el terror de mis padres y las malas lenguas de la “sociedad” de mi pueblo. Los estudiantes, el comunismo, “los conchos”, el Coyote Flaco y la Zona Rosa, era lo que podía ver y oír en el trayecto del internado al colegio, ubicado en las espléndidas calles de la colonia Juárez. Por supuesto que a escondidas escuchábamos el radio, nos subíamos las faldas hasta la ingle y bailábamos los nuevos pasos de Orfeón a go go, aunque a mí me llamaba muchísimo la atención el movimiento hippie, eso del amor libre y los símbolos de paz, de la V de la victoria, que clandestinamente podíamos hacer desde cualquier rincón, pero sobre todo desde el camión del colegio, no sin las miradas de censura de la prefecta.

Llegué a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, a estudiar sociología porque quería saber qué era eso de “la sociedad”, que tanto marcaba las distancias y la historia en mi pueblo. De entrada, la UNAM me atrapó, no sin antes darme pánico, ello implicaba romper con todos mis esquemas. Era como aprender otra lengua, como pertenecer a otro mundo. Me tocó todo el exilio latinoamericano y las primeras generaciones del CCH, la época en que todos éramos “compañeros” y marxistas, troskistas, maoístas, comunistas, etc. La vida del *campus* universitario, los grupos de estudio y seminarios de trabajo. La militancia de izquierda expresada en todos sus matices y tribus, y la solidaridad internacional.

Hubo ahí un segundo rompimiento con la maternidad: el primero fue con el color de rosa y la pequeña familia pequeño burguesa, clase mediera de mi pueblo. El segundo rompimiento fue testimonial, al ver a mis amigas y compañeras pares universitarias, sobrellevando casi solas todo el peso de la maternidad y de la crianza. Sus compañeros distantes o desaparecidos. Las primeras mujeres tenían al menos una

ventaja, ejercían una maternidad muy cómoda, con recursos económicos, con ayuda doméstica y una red extendida de parentela, que te daba un colchón y soporte, así como te estrangulaba y atrapaba en la frivolidad. Pero las segundas, de plano tenían un ejercicio materno a mi parecer imposible. Si a esto se añade el riesgo real en ese entonces de la represión política por ser de izquierda, como había sucedido en el Cono Sur, la maternidad y los hijos eran impensables.

Para mí la muerte de la familia, la propiedad privada y el estado fueron causa de interminables discusiones, lecturas y prácticas político culturales, en un sentido amplio y sin arrepentimientos. Jamás he sentido nostalgia o tristeza de no haber formado una familia típica o atípica. La ruptura con ese deseo y ese modelo, si es que alguna vez lo hubo, fue total.

Mi decisión, y nuestra decisión, junto con Jorge, con quien asombrosamente llevo ya varios sexenios, se ha ido resignificando con el transcurrir del tiempo.

Sonia: Tengo 30 años. Cuando surge el tema de los hijos, pienso que sólo volviéndome millonaria podría convencerme de tenerlos, pero como la posibilidad de ganarme la lotería es lejana, mejor ahí queda la discusión. Aunque el argumento no es siempre económico, porque si de verdad quisiera hijos, creo que me lanzaría a tenerlos aun estando desempleada. Lo cierto es que pensar en la maternidad siempre ha sido para mí pensar en una tarea imposible, costosa y desgastante, cuyas retribuciones son hermosas, como lo es la sonrisa y el amor de los niños, pero eso no significa que las desee a toda costa o que las considere necesarias para seguir viviendo. Sé que hay un prejuicio enorme: el de ver la maternidad como una tarea insufrible, pero a éste le he sumado una serie de argumentos para darme la razón frente a quienes presionan para que sí tenga hijos: que quiero viajar, poner un negocio y seguir estudiando, y que todas esas cosas no se pueden hacer fácilmente con hijos. Éstos son los argumentos que yo llamo “egoístas” —aunque paradójicamente muchas mujeres tengan hijos por razones egoístas—, pero también hay argumentos de solidaridad con la especie humana, como que el mundo está de la fregada —y, por lo tanto, no merece a un hijo mío, como me digo cuando estoy en plan de diva—, que ya no hay agua ni terreno para vivir, que la ciudad es un caos, que ya no cabe ni un alfiler y que mi contribución al problema es abstenerme de ser madre. Luego está también la incertidumbre de la vida, que

no sé si al resto del mundo le pesa como a mí, pero yo prefiero ahorrarme esos malos pensamientos al hijo que no tendré, porque de verdad me entristece no saber qué va ser de mi vida. Tengo estudios de posgrado, me considero buena en lo que hago y aun así no tengo lo que se dice “un buen trabajo”, y no sé si lo voy a tener en algún momento, así que ¿para qué tener hijos, si apenas puedo conmigo?, ¿para qué tener hijos si no me muero de ganas de tenerlos?, ¿para qué tener hijos, si salen muy caros y no soy millonaria?

Artemisa: tengo 51 años (uauuuu... suena fuerte) y soy feminista de la generación de los setenta-ochenta. Mi vida sexual comenzó alrededor de los 19-20 años. Por esa época, en mi proyecto de vida no cabían ni hijos ni pareja. Mi único proyecto era estudiar, aprender y reconstruirme, rehacerme como mujer y como persona, supongo. Yo no pensaba ni sentía el deseo de tener hijos. En mi actividad sexual, pareja o no (he tenido tres parejas hombres a lo largo de mi vida), siempre estaba de por medio la anticoncepción; nunca concebí una relación sexual sin anticonceptivo, ni aun a los 30 o 35 años; siempre estaba muy ocupada en mí y en aprender. También estaba siempre angustiada por la propia vida. Nunca sentí disposición para la maternidad, era demasiada mi carencia y demasiada mi necesidad. No podía cargar con otra vida, pues apenas si podía con la mía. Creo que ésa fue mi decisión de no ser madre, la que fui haciendo cada ciclo de mi vida. Siempre estaba presente y cada etapa era una decisión en relación con la maternidad y siempre era la misma, ¡ni se me ocurría! El deseo no se presentaba, ¡pero siempre era tema por supuesto!, a los 30, 35, 40. Debo decir también que ninguna de mis tres parejas me propuso tener un hijo (cosa importante, si yo las escogía). En mi segundo intento de construir pareja o con mi segundo amor, quizá la relación más estable que he tenido en la edad o periodo de la vida en la que una va definiendo proyectos, no recuerdo muy bien cómo o por qué se me ocurrió plantarle a Adolfo que tuviéramos un hijo. Era una etapa de la pareja en la que ya estábamos muy conflictuados y no veíamos muy clara la perspectiva. A ese hombre lo amé como yo podía, y él a mí; él me respondió que cómo íbamos a tener un hijo si ya estábamos a punto de separarnos. Nunca sabré si hice bien o no y qué hubiera pasado si con él hubiera tenido un hijo. Lo que no se vive no se sabe y lo que “es”, “es” así y no de otra manera. Lo cierto es que le di la razón, y en aquel entonces y con los valores de entonces, haciéndome yo misma un juicio, sentí y creí que

tenía la razón y que mi propuesta-deseo se insertaba en el marco de esta cultura que pone a los hijos como salvación de la relación de pareja. ¡Me horrorizó!, iba en contra de todo lo que pensaba y quería para mi vida. Entonces me dije: “está bien, no puedes tener un hijo para solucionar tu vida”, y me olvidé o descarté nuevamente mi maternidad. Seguramente ninguno de los dos teníamos entonces esa capacidad para responsabilizarnos de lo que implica la crianza, y en eso fuimos conscientes y yo me sentí de nuevo congruente, me separé y me dediqué de nuevo, casi exclusivamente, a estudiar. Siempre me han sorprendido las mujeres que hacen todo —o al menos que yo creo que lo hacen—: estudiar, criar y educar hijos, tener pareja, viajar etc. Para mí es mucho, creo que yo no hubiera podido. Como que en mi experiencia de vida ha sido; “o yo o los otros” y seguro eso tiene que ver con mi aprendizaje de ser mujer a través de mi madre. Yo negué mi maternidad, entre otras cosas, porque seguramente hubiera sido como mi madre. Antes, por supuesto, en mi más temprana juventud, y es muy probable que la hubiera padecido en vez de disfrutarla. En mis relaciones afectivas yo no soy maternal, en el sentido de ser proveedora y/o cuidadora, es más no tolero que quieran depender de mí, no puedo con ello; en realidad creo que con los hombres me ha pasado eso, la dependencia que ellos requieren y/o demandan en la vida cotidiana y afectiva me coloca en un lugar que rechazo en la estructura social y en nuestra cultura, y un hijo depende de una totalmente.

Por varios años viví tranquila, de nuevo sola conmigo y sí, sí llegó el día del reloj biológico en el que poco antes de los 45 años me hice conscientemente la gran pregunta: ¿en verdad no vas a ser madre? La misma realidad afectiva y estilo de vida que había construido me respondían y me recuerdo, en una época, reconociendo mi no deseo y preocupada de si el deseo no se me iba a presentar cuando ya biológicamente no fuera posible. Lo resolví diciéndome que si eso sucedía, adoptar un hijo, “existen miles de niño(as) en el mundo sin madres” pensé, y me olvidé de la preocupación. Varios años más viví sola, solita conmigo y pensando en todo menos en la maternidad y en el futuro, libre del planteamiento, estudiando, leyendo, viajando, con crisis de todas, construyéndome y reconstruyéndome y contenta conmigo y con la vida, por así decirlo. En esta última etapa de mi vida, hace muy pocos años, a los 47 y después de una experiencia amorosa profunda y enriquecedora para mí, se volvió a presentar, de otra forma, el planteamiento de mi

reproducción; tampoco la realicé y ahora sí hube de trabajar conscientemente, no sin dolor, lo que yo llamo la renuncia de mi maternidad. Ésa es otra etapa, la reciente, la última y la trabajé mucho, ¡ha sido una experiencia fuerte e intensa! Esa renuncia fue no sólo un proceso y una experiencia de varias acciones mías, sucesos y planteamientos; además la viví una mañana, en la salita de mi departamento, de manera muy corporal, en el vientre, ¡fue en verdad muy profundo!

Fernanda: Estoy contentísima leyendo todos estos hermosísimos escritos sobre algo que no hicimos. En mi más reciente viaje al otro lado, me compré una postal que refleja mejor de lo que pueda elaborar en este espacio mi relación con la maternidad. La postal es una caricatura de una artista que se llama Inglewood y que muestra el primer plano del rostro lloroso de una mujer, la mano en la mitad de la cara, los ojos cerrados, las lágrimas que caen de esas pestañas negras, negras, el pelo revuelto, sobadito, tipo caricatura de Lichtenstein. La mujer tiene un globito, de los que denotan el habla, y en él se lee "I can't believe it. I forgot to have children!!!!" Me parece atinadísimo, no he leído ni visto nada que me dé tanto gozo como esta imagen. Estoy de acuerdo, y no es un decir, con todas las filosofías que hemos presentado en este foro con respecto al acto voluntario feminista, de panfleto, de ensayo filosófico, vital o inconsciente, misionero o activista de no tener hijos, pero me gustaría poner el siguiente escenario conviviendo con estos: el del olvido como un acto liberador. Para ejercer el olvido activamente es necesario un contingente, un equipo, un mandato, un artífice que lo permita. "Olvidar tener hijos" es un acto subversivo, liberador, expansivo, pues surge en un mundo donde todo te lo recuerda. Reivindico aquí "el olvido" como un acto político. Su contraparte, el llamado a la memoria y al recordar, marca al olvido como una pérdida, una debilidad o un claudicar de la historia, un triunfo del mal. En este caso propongo al olvido como fortaleza y como efecto de la historia. Más que suscribir mi caso completamente a este escenario, a mí, además de que de veras se me olvidó tener hijos, me gustaría plantear y explorar el asunto del "olvido" como dispositivo político. En mi caso, para permitirme el lujo inenarrable de haberme olvidado de tener hijos, influyó sin lugar a dudas mi madre. Ella visibilizó, curiosamente sin mucho verbalizar, el escenario de la maternidad con los bemoles que normalmente se camuflajan. En mi caso, lo que operó es haber tenido la suerte de tener una madre que me permitió olvidar.

Alexis: A mí lo del olvido me parece realmente interesante, ¡imagnense la distancia que eso implica!

He escuchado también otra expresión: “no tuve tiempo”, que me parece interesante. Entre las tareas y los proyectos, no había tiempo para tener hijos.

Aunque parecen similares, creo que se mueven desde distintos lugares.

Artemisa: Yo me identifico profunda y totalmente con Alba, su voz es la mía, pues soy de la misma generación y milité en la izquierda de este país. Años después del 68 terminé la preparatoria, vivía en mi ciudad natal de provincia y llegué en el año de 1973 a la Escuela Nacional de Antropología e Historia desde un lugar del desierto sonoreño. Me fui a la ciudad de México contra viento y marea, no sólo rompiendo todos los esquemas y transgrediendo toda imposición y/o expectativa familiar para mi vida, sino rompiendo el corazón y toda ilusión amorosa-patriarcal de mi padre. Así que puedo verme en Alba y comparto sus opiniones y algunos sentires. Considero, pero sobre todo así lo vivo, que si bien es cierto que ha estado en nosotras y hemos decidido el no ser madres “conscientemente”, en distintos momentos o desde siempre en nuestras vidas, y la forma en que ha sucedido nos hace mujeres pioneras, esto tampoco ha sido una situación sencilla. En mi experiencia la condición de la maternidad o la no maternidad no sólo no se reduce a cuestiones prácticas o de resolución de la vida cotidiana y material, sino que obedece a condiciones profundas interiores de una manera de afrontar y resolver la vida. Tiene que ver con mi mundo afectivo interior, con mi estructura emocional, con lo que yo llamo mis capacidades o incapacidades vitales, por una parte, y por la otra, por supuesto que tuvo que ver con una necesidad de construirme mujer de una manera distinta y un rechazo consciente a la definición hegemónica de la feminidad. Si una concebía la maternidad como una atadura, como una falta de libertad y una gran limitación para ser y hacer, era lógico, en mujeres que como nosotras hemos sido doncellas combatientes, negar esa manera de ser mujer. Me surgen de pronto muchas ideas y reflexiones y sé que pueden ser importantes, sobre todo para las nuevas generaciones y su decisión acerca de la maternidad. Sin embargo, en el presente siento cada vez menos deseo de racionalizar los deseos y las experiencias de vida; dejar de racionalizar para ser, sentir y poder saber qué es y significa mi vida así. En este sentido, me encantó el plantea-

miento de Fernanda, ¡exacto!, se me olvidó ser madre, no hubo cabida para tal evento. Me parece tan preciso o adecuado ese acercamiento, yo les diría a las jóvenes: “mujeres, no se les tiene que olvidar y tienen que saber de verdad si quieren ser o no madres”, cosa que no es fácil en esta cultura. Pero ¿cómo se nos olvidó, si en mi caso he descrito las mil formas de definición que tuve frente al suceso? Si pienso en el olvido como negación, ¿qué es o qué fue lo que estuve negando? ¿Mi energía, mi yo femenino? ¿Y por qué? Y fue negación, olvido, decisión, quizá un poco de todo, lo cierto es que así fue y no creo que haya podido ser de otra manera la vida de cada una de nosotras, al menos la mía. Yo en ocasiones declaré que me sentí sobreviviente en la tierra y muchas veces naufragué ¿cómo poder ser madre con esa sensación en tu vida? En ese y otros sentidos es cierto que ahora me siento orgullosa de haber sido capaz de no ser madre, me siento orgullosa de una cierta congruencia en mi vida, aunque parezca vanidoso, creo que no ser madre fue un acto de responsabilidad y de conciencia de mi parte. Por eso, claro que comparto la idea de Fernanda cuando dice que “olvidar tener hijos” es un acto político subversivo, liberador, expansivo, claro que lo es y de eso me enorgullezco. Pero si pensamos que nosotras como mujeres somos un constructo y definimos la maternidad como un constructo social que define lo que llamamos “la identidad femenina”, pues nosotras estamos aquí, en un contexto cultural específico que nos obliga a la maternidad como definición de ser mujer, finalmente construyendo otra forma de ser y pensarse mujeres.

Victoria: Durante los años en que la decisión estuvo todavía en condiciones de ser tomada, varias veces discutí con personas muy allegadas la posibilidad de renunciar a la maternidad. La gente de mi familia siempre la vio como “otra de mis locuras”. Mi madre se enfurecía conmigo cada vez que se tocaba el tema y me advirtió en todos los tonos que me iba a arrepentir toda la vida, que me iba a quedar sola en la vejez, en fin, que estaba cometiendo una imprudencia bárbara. Muchas de mis amigas y amigos también opinaron que era un error; pero quienes realmente me sorprendieron fueron mis amigas feministas: ellas presionaron de manera intensa para que yo cambiara de parecer. Me acuerdo en particular de una discusión que se generó alrededor de un comentario mío: como estaba a punto de cumplir 35 años, expresé mi escepticismo respecto del posible acontecimiento de un embarazo: “yo creo que ahora sí ya tengo que decidir, porque no quisiera aventarme

un embarazo de alto riesgo; por lo tanto, más bien creo que no me voy a embarazar nunca". Mis amigas feministas se amotinaron en mi contra y aseguraron que mi edad no era un límite, para nada, que todavía tenía cinco (y algunas opinaron que diez) años para decidir, y que, en todo caso, decidir no ser madre iba a ser un error inmenso. Hablaron de un detalle que me parece rescatable: la potencialidad biológica y la "obligación" de realizar esa potencialidad. Y también hablaron acerca de sus maternidades como experiencias de las que una mujer no se podía privar. Creo que estas discusiones fueron muy clarificadoras, porque me permitieron orientar mi decisión de manera lúcida; pero no deja de llamarme la atención, todavía hoy, el enorme peso que tiene esta postura entre la gente de todo tipo.

Alba: Yo no creo haber enfrentado ningún obstáculo para decirlo. Constantemente pienso que no tener hijos ha sido la decisión más sabia de mi vida. Por supuesto que me he perdido y me pierdo de una experiencia maravillosa. A mí los bebés me encantan, me dan ternura. Pero ello no fue un obstáculo para elegir no vivir la experiencia materna, al contrario, fue un alivio. Creo que hice lo correcto.

La gente me ve como un bicho raro, por ahí medio inmadura, como que he tenido que "pagar" el costo de haber roto con el *establishment*. Creo que nuestras elecciones de vida en cierta forma agreden a la gente, porque envidian el tiempo y la autonomía que tenemos. En la medida que los hijos son un ancla en la vida: "Los hijos. Los clavos de Cristo. Te hieren pero no te dejan caer". Eso dice un dicho popular muy conocido.

Por supuesto que los hijos son el triunfo de la vida sobre la muerte. Pero creo que si seguimos a este ritmo de tener hijos porque hay que tenerlos, porque son el fruto del amor, del deseo innato femenino y cuanta narrativa maestra existe, y no nos ponemos a pensar en el futuro del planeta, y en el derecho de las futuras generaciones a vivir en un mundo mejor con paz y no en un mundo desbocado, nada va a ser diferente. Pero hay feministas que piensan lo contrario, que las mujeres debemos ser madres, biológicas o sociales, porque está en nuestra naturaleza esa vocación. Y nos "invitan" a no perdernos de esa experiencia única e irrepetible del amor sin fisuras que dan los hijos.

Miranda: Otra vez yo, estoy muy contenta de estar participando en este grupo, aunque no creas, me cuesta trabajo esto de "no estar en vivo", pero por otro lado es curioso que también puedo hablar de más

cosas con menos bronca. Varias cosas me llaman la atención de lo que han escrito, lo que me ha llevado a seguir reflexionando en mi historia.

Por un lado noto que, cuando tenemos una pareja varón, hemos vivido una situación de cierta crisis, pero a la larga se convierte en una situación que defendemos y a la que ellos le entran. No quiero decir para nada que gracias a ellos mantuvimos nuestra decisión, pero sí que parece constituirse un tipo de pareja que puede “sobrevivir” a la presión de no ser padres. En mi caso, yo disfruto muchísimo mi vida cotidiana, no sé si trabajo mucho o no, pero obviamente mis tiempos están circunscritos más a mis necesidades y deseos en primer lugar y luego a lo que comparto con A. Es decir, sí soy una mujer que piensa en sí misma, sobre todo en el nivel laboral, de modo que no me siento culpable o mal por no cumplir ciertos roles, aparte del de madre (ama de casa, por ejemplo).

No me pasa por la cabeza tampoco criar un hijo, no se me antoja, me da flojera. De verdad, creo que acá siento que me pesa lo esperado para una mujer, pero no siento ni he sentido ese deseo tampoco. Me gustan los niños, pero no me concibo cuidándolos todo el tiempo, se me hace una carga muy pesada. Admiro a mis amigas-madres, pero también noto la excesiva carga que tienen, pues no siempre sus parejas le entran a la crianza de la misma manera. Como dijo Alba, no es como antes, efectivamente la doble o triple jornada está fuertísima.

Noto también esa especie de envidia de algunas amigas de mi misma edad, ya que ahora tienen hijos digamos ya no tan pequeños, de modo que percibo que ya pasó esa “luna de miel” con los hijos en donde hablaban todo el tiempo de esto y de alguna manera querían hacerme “miembra” del grupo de madres. Sí, de hecho con unos amigos específicamente llegué a quejarme porque nos dejaron de invitar a las fiestas de sus pequeños hijos a los cuales A. y yo queremos mucho con el argumento de que “no eramos papás y nos íbamos a aburrir”, lo cual me pareció un criterio de exclusión discriminatorio, pues yo quería ir por supuesto a la celebración de estos niños tan queridos por nosotros. Y bueno, así hubo algunas cosas que directa o indirectamente me hacían sentir que debería de animarme a ser madre, pero no, nunca me emocioné demasiado. Miraba cómo algunas de mis amigas cambiaron mucho al tenerlos, me tocó estar de cerca de un par de ellas, muy queridas, que se deprimieron muchísimo y me di cuenta del proceso tan complejo que es la maternidad.

Mis padres ahora están claros de mi decisión y ya no me presionan, de modo que me siento bastante bien en el nivel familia, la que ha sido muy conservadora. Lo curioso es que mi hermana de 39 años también haya decidido definitivamente no tener hijos; ella está "felicemente casada" como yo, ¡je! Y bueno, mis papás sí se sacaron bastante de onda porque esperaban que ella sí les diera nietos. Pero tampoco ha habido mucha discusión, mi hermana es una mujer muy independiente y exitosa económicamente, así que no es tampoco fácil sacarla de una decisión. Ella y yo nunca nos preguntamos ¿qué será de nosotras cuando seamos viejas? Y bromeamos que nos tenemos a nosotras mismas.

En la actualidad siento que la gente no me ve como bicho raro, pero a lo mejor distorsiono la realidad ¿eh? Como soy una mujer que gusta de cierto vestir a veces extravagante y adoro tener el cabello de diferentes colores, por ejemplo, no sé si lo de bicho raro responde a mi ropa, al color del cabello o a mi no maternidad. Ahora bien, sí he notado muy claramente que tiendo a maternalizar otros papeles, por ejemplo en el nivel laboral, tiendo a ser sobreprotectora y por mucho tiempo tenía "hijas e hijos" que colaboraban conmigo. Tal situación me daba satisfacción pues me sentía así como muy protectora y buena onda, pero a la larga también se convirtió en un peso porque ya no me empezó a gustar el encargarme del bienestar emocional de estos "hijas e hijos postizos", de modo que traté de ubicarme en otro lugar. De todas formas, ése es uno de mis temas recurrentes en terapia: cómo finalmente, y más allá de cualquier racionalización, estoy construida para un "ser mujer" de cierto tipo y mi subjetividad, atravesada por esto, me hace mirarme, a veces muy en el inconsciente, como buena o mala por realizar o no ciertas conductas. Está pesado.

Larissa: He leído con gran interés las aportaciones de todas las que hemos elegido participar en el foro. La oportunidad de leer sus historias y percibir los sentimientos que se cuelan entre las letras es maravillosa para alguien que, como yo, está en "la etapa más fértil de la vida". Quisiera añadir otros comentarios para redondear un poco más mi participación, sobre todo ahora que sus reflexiones me han despertado recuerdos que tenía medio borrosos.

Empecé mi vida sexual muy joven, a los 15, por iniciativa propia. No sólo era y soy muy cachonda, ahora que lo pienso con un poco más de sinceridad hacia mí misma puedo reconocer que además de estar enamorada y enculada de un púber igual de joven e inexperto, tener

una curiosidad obsesiva y muchas, muchas ganas, también durante varios años vi en el sexo una forma de sentirme aceptada y reconocida. Yo siempre fui la chavita inteligente, lista, estudiosa... y me encantaba ver que había hombres que además podían encontrarme apetecible en la cama. No sé, como que tenía muy reñido el intelecto con el cuerpo y necesitaba demostrar (a mí, a mis papás, al mundo) que "lo tenía todo". Esa necesidad me llevó a ser promiscua, por lo que también me volví experta en anticoncepción. Además de todo esto, soy suertuda, porque las pocas veces que he tenido sexo sin protección, la he librado.

En una de mis relaciones trascendentes surgió el tema de la maternidad. Yo tenía 25 años y el chavo uno más, era español, guapísimo y amorosísimo. Esto viene a cuento porque pensamos en casarnos para vivir ambos en España. Aunque aquello no cuajó, fue la primera vez que me sorprendí pensando seriamente en mi no maternidad como algo que tendría que compartir y acordar con otra persona. Nunca, ni estando muy enamorada, he sentido el deseo de tener un hijo. Mi novio de entonces decía que él sí se veía como papá y que le sorprendía que yo no quisiera ser mamá... el comentario fue algo así como "No entiendo, yo te miro y pienso que serías una madre estupenda, porque podrías educar con más libertad, con más seguridad, ayudar a crecer a un ser humano diferente, mejor". Yo pensé: "¡SOCORRO!" Al final la ruptura no tuvo que ver con estas divergencias de proyecto de vida; sin embargo, lo pensé mucho y muy seriamente como un factor para fijarme bien la siguiente vez que encontrara a alguien que me interesara. Ha habido otras personas que me sugieren algo así (lo de la madre ideal), quizá porque se dan cuenta de que una ha sido más independiente, más luchona y calzonuda, y suponen que sería genial transmitir ese tipo de valores a otras personas (sobre todo a otras mujeres), pero pierden de vista que esa determinación personal costó y cuesta mucho, que no se transmite por generación espontánea y que gracias a ella puedo decir abiertamente que no quiero tener hijos.

Hace casi cuatro años que estoy con mi pareja actual. Como dije en mi primera intervención, él tiene un hijo y no quiere más. Es gracioso escuchar a mis amigos decirme "encontraste una maternidad a la medida", porque no es así. No creo que tener un hijastro de fin de semana sea una maternidad... es otro tipo de relación, que puede crecer mucho, florecer, enseñarte cualquier cantidad de cosas y despertarte emociones que jamás imaginaste tener, pero nunca será como ser ma-

dre. Yuri es papá al 100% (otra razón por la que varias personas se sorprenden ante mi decisión de no tener hijos propios: "tienes una enorme ventaja, ya lo conoces como papá y es genial") y no delega sus responsabilidades como tal hacia mí, creo que cada uno tiene claro su papel en la ecuación de esta "nueva familia". Hace dos meses nos mudamos juntos y es el mayor paso que hemos dado como pareja. Ahora estamos en proceso de que él se haga la vasectomía, buscando médicos, pidiendo opiniones. El sexo ya no es para mí una forma de obtener aprobación, ni una competencia. Descubrí esa otra forma de crecimiento con mi ex español, quizá porque él fue el primer hombre en verme como una persona con múltiples ángulos, sin encasillarme ni ponerme etiquetas. Bueno, excepto la de "mujer con gran potencial de madre" (!).

Alexis: Si bien he tratado de ser cautelosa con los posibles abusos del uso del plural para salvar la exclusión, aquí creo que podemos hablar de maternidades.

Por lo menos se han planteado dos entre las que no tenemos hijo(as) biológicas(os).

Una, la de aquellas a quienes nos ha tocado criar o convivir con las(os) de la pareja. Creo que si bien algunas podrían considerar que esto no es maternidad, como ya se señalaba, es un vínculo especial a revisar. En mi primera experiencia el chavo era muy pequeño; como pareja construimos lugares en una familia que acabábamos de formar y se establecieron vínculos tan fuertes con el chamaco que algunas gentes creían que era mi hijo por "lo parecido"; nada más lejos en los rasgos físicos, pero algo veían que hasta mi pareja se llegó a encelar. Una vez roto el vínculo de pareja, el chamaco buscó continuar durante un tiempo con lo que habíamos establecido él y yo, y llegué en mucho a ocupar el papel de "madre" divorciada: actividades de fin de semana, cuidado y acompañamiento cuando ella tenía trabajo o salidas. El padre biológico inició la convivencia con nosotras con mucha curiosidad y celo, hasta el secuestro del chico, pero poco a poco, igual fuimos compartiendo la perspectiva en el modelo de educación y logramos una buena relación de respeto mutuo. Ahora, con las dos hijas adolescentes de mi nueva pareja, a la distancia, la situación ha sido bastante diferente. Pero el acompañamiento sigue y hay un vínculo fuerte. Creo que es importante también ver dónde se coloca una y qué modelo de educación tiene. Creo que a mí me estorban las dependencias y que promuevo en mucho el apoyo y la seguridad para que se reconozcan y se valgan por sí misma(os).

Y en mucho parece que este modelo lo sigo también en otras relaciones, como con las y los compañeros de trabajo. Aquí está la otra forma de ejercicio de maternidad, con personas adultas: pareja amorosa y laboral. Incluso a veces en el trabajo me han reclamado sentirse abandonados, con poca guía, pero al final hemos establecido mecanismos de independencia, sólo con coordinación, interesantes. Por supuesto que no siempre da resultado, pero cuando se logra ha sido muy gratificante. Con la pareja es otra historia. Creo que en general me había resultado muy bien el modelo con las tres primeras que he vivido, pero ahora con ésta, a la distancia, como que tengo que revisarlo. Bueno, más independientes y cada quien en lo suyo no podría ser, pero ahora, ¿cómo se construye un vínculo de lejos?

A ver, Miranda, ¿cómo le hiciste?

Miranda: Me parece muy interesante lo que planteas, Alexis, sobre todo esto de si es lo mismo el vínculo con los hijos de la pareja. Yo no he vivido nunca este tipo de situación, pero creo que vale la pena reflexionarlo entre quienes lo han vivido. En cuanto a los otros aspectos, yo ya había planteado que tiendo a ser “madre” en el ejercicio de roles, por ejemplo como jefa, empiezo siendo una mamá protectora y con el tiempo me voy hartando y voy rompiendo vínculos de mucha dependencia tanto de mi lado como del otro.

En el caso de la pareja, pues sí, he tendido también a ser medio madre de los hombres. En el caso de A., las cosas tronaron y yo ya no aguanté la situación. Me sentía encabronada porque yo había asumido mucha responsabilidad y sentía que para él “todo era fácil”.

Creo que he ido aprendiendo a que yo me puse en esa situación en un momento dado porque me daba cierto podercillo, pero luego ya no me gustó porque es una trampa, ¿no? Finalmente se repite el papel de ser de otros, dizque obteniendo privilegios, por cierto muy chafas. A. y yo estuvimos viviendo separados más de dos años a raíz de varios conflictos, y apenas hace una semana estamos viviendo juntos, contentos pero con cierto temor a no volver a generar ciertas dependencias que nos fueron muy dañinas. No sé si podremos construir un vínculo amoroso de respeto y de distancia, sin que caigamos en la reproducción de ciertos patrones muy rígidos que teníamos, creo que estamos haciendo un esfuerzo importante. Estamos empezando desde otro lugar, pero cuesta mucho trabajo...

Pero volviendo a la maternidad, noto que es un tema que rara vez me pasa por la mente, no sé qué pasará en otro momento de mi vida,

pero por ahora, no siento preocupación de ningún tipo o carencia. Quizás el que en parte nunca “decidí” claramente, sino que se fue dando la situación de no-maternidad, no me puso, digamos, entre la espada y la pared.

Alba: Me quedé con la impresión de que mi decisión de no ser madre se puede interpretar como la decisión de una férrea militante partidista de izquierda, que por la causa del socialismo o del comunismo había tenido que “sacrificar” su maternidad. Pero, aparte del movimiento feminista, no he militado en ninguna organización política (aunque mis simpatías me llevaron a colaborar recientemente con México *imPosible*). A principios de los ochenta estuve unos días en el PMT, justo en el momento de una crisis política interna vergonzosa que llevó a la ruptura entre Demetrio Vallejo y Heberto Castillo. Un hecho que mostraba el tremendo atraso e ignorancia de la izquierda en temas de feminismo, sexualidad y vida cotidiana.

Más bien creo que no tener hijos fue algo que se fue distanciando de mi vida por el tipo de vida que tenía en ese entonces: un *desmother*.

Como estoy de vacaciones, he podido recorrer las librerías a placer y encontré un libro titulado: *Cuando la feminidad se trastoca en el espejo de la maternidad*. * Estos espejos de la maternidad nos espantan a algunas mujeres, o, para que no suene tan feo, nos distancian de su halo sagrado y de su completud teleológica de nuestra feminidad. Me encanta escucharnos hablar en este foro de nuestras propias imágenes y trayectorias como mujeres, aunque para ser sincera preferiría la voz real de cada una.

Por último, he estado leyendo el libro de Carmen Alborch, *Malas*, que es un buen encuadre para analizar qué nos pasa entre mujeres, porque la peor presión recibida cuando decimos que no tenemos hijos porque no queremos es de nuestras pares dispares. Para mí, sin lugar a dudas, es la envidia la que las corroe, porque hemos hecho lo que muchas de ellas hubieran querido hacer y ellas no pueden hacerlo, porque con un hijo-hija no hay vuelta atrás, la atadura es total en este sistema: ser madre es cargar con el maternazgo para toda la vida. Pero creo que

* Roxana Hidalgo Xirinachs y Laura Chacón Echeverría, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica, 2001.

lo maniqueo o binario no nos ayuda, tenemos que desmontar el sistema simbólico que nos engulle o escinde a todo tipo de mujeres: madres, no madres, madres que no quieren el maternazgo, etcétera.

Tengo muchas ganas de que nos veamos porque, como diría Giddens, somos mujeres pioneras en esta nueva ruta, y no tenemos muchas cartografías para navegar en este megamundo globalizado y descarnado. Sólo tenemos la certeza que apunta Sartori en *La tierra explotada*, o le bajamos a la compulsión narcisista de reproducirnos como conejos, a toda costa, así sea por medio de las NTR, o este planeta ya valió madres.

Miranda: Leí los mensajes de Alexis y de Alba, y, bueno, reflexionando un poco, se me ocurrieron algunas cosillas a partir del escrito de Alba. En vacaciones, efectivamente, esta situación de no tener hijos permite realizar actividades tan diversas y variadas como echar la flojera bien y bonito, es decir: leer, caminar, comer, dormir, tomar cafecito, un tequilín, sentarse frente al balcón a ver la laguna, etc., sin presiones.

Y esa sensación de hacer o no hacer lo que se te viene en gana es bastante agradable. Sin embargo, tampoco quisiera hacer una exhibición de todas las “cosas-que-puedo-hacer-porque-no-tengo-hijos”, simplemente quiero señalar que efectivamente es un estilo de vida que claramente ha delimitado mi vida en comparación con la de mis amigas con hijos, al menos cuando éstos han sido pequeños. Estoy de acuerdo que no sería muy útil una visión binaria y casi de enfrentamiento entre “las con hijos” y “las sin hijos”, y que más bien sería importante reflexionar sobre esta “división” que nada más nos ha llevado en ocasiones a enfrentarnos entre nosotras como en una competencia de quién la pasa mejor. Por supuesto, esto nos ha imposibilitado pensar en las maternidades de otra manera.

Tal situación se me hace todavía más clara, porque hace un par de semanas o menos fui a visitar a una amiga más joven que yo, tiene 34 años, y que desde que la conocí había señalado que no deseaba tener hijos. El caso es que ahora que decidió llevar a término un embarazo, me comentó, a sus seis meses ya, que dicha decisión había tenido mucho que ver con el hecho de que quiso tener un hijo con el chavo que es su pareja actual. Y bueno, ya, para que no parezca chisme, me llamó la atención que ella me señalara que —como feminista— el conflicto mayor por su embarazo había venido de sus amigas, de quienes no había sentido necesariamente solidaridad y había llegado a sentir hasta falta de apo-

yo. Vamos, su percepción era de soledad, de que había asumido un estado “aburrido”, ella misma se ha llegado sentir mal al salir a algún evento social porque ahora sí que “no se hallaba” en un reventón, por ejemplo.

En fin, yo traté de escucharla lo más atentamente posible y en verdad me interesaba que sintiera que de mi parte no había *pex* con su embarazo, la verdad que no lo hay, aunque no niego que me movió un poco pensar en que ella —de alguna manera— no iba a ser la misma, como que tuve un poco la fantasía que ella misma tenía de sí: “¿se volverá aburrida?” Así estuvimos platicando un poco y salió el tema de que yo estaba a punto de cumplir mis 42, *by the way* los cumplí anteayer, y que me sentía bien y bla, bla, bla. Y ella entonces me comentó que había estado analizando que si bien la maternidad es una construcción cultural, tiene un ámbito relacionado con lo psíquico que no necesariamente estaba “tocado” por la cultura y me habló de interpretaciones como la de Frida Saal, según entendí, quien señala que tener un hijo es como tener una reconciliación con el padre. Después me preguntó si detrás de la decisión de no ser madre no había un dolor muy grande, y, bueno, en ese momento llegó alguien más y ya no pude terminar la conversación, pero ahí fue cuando sentí que ella parecía tener que justificarse y de alguna manera surgía el discurso de que ahora ella iba a estar, digamos, completa y yo seguiría viviendo con una “carencia” en lo profundo, en lo inconsciente, de la cual, aunque quisiera, no me podría librar.

Yo no lo vivo así, pero quería compartir esto con ustedes a ver qué piensan.

Alba: Yo creo, como dice la amiga de Miranda, que en las identidades sexuales no todo es cultural, que en la maternidad (feminidad) se mezclan muchos factores, no sólo los ideológicos o racionales, o los factores políticos y económicos, sino también los psíquicos o inconscientes. El deseo de ser madre o de tener un hijo no es un hecho homogéneo para todas las mujeres. Pero, más allá de las determinaciones psíquicas e inconscientes, que en cada una de nosotras se jugaron en nuestra historia personal o familiar, para no expresar o para postergar indefinidamente el deseo de ser madre o de tener un hijo-hija, lo relevante es el hecho cultural y político que representa esta postura o elección de estilo de vida.

Alexis: Aquí es donde veo el problema principal que muchas mujeres enfrentamos y me lleva a dos planteamientos:

1) Si vemos la maternidad como un proceso donde están involucrados sentimientos, actividades y actitudes, pareciera que las relaciones que se establecen están diferenciadas. Es decir, no se tiene el mismo tipo de relacionamiento con un hijo biológico que con uno de crianza, ni necesariamente con las relaciones maternas que una adopta con sujetos supuestamente iguales. Aquí habríamos de contemplar también los mandatos socioculturales o hasta dónde persisten ciertas actitudes maternas del tipo posesivo.

2) Si nos referimos a actitudes maternas de “cuidado por el otro”, ¿cómo diferenciamos los comportamientos de los hombres y las mujeres? ¿Hay hombres maternas?

Larissa: Desde que inició el foro y a raíz de los comentarios que hemos compartido hasta ahora, llegué al siguiente cuestionamiento: ¿cómo comparar la maternidad biológica (sin abandono tras el parto) con el “estilo de mamá” en relaciones de pareja o laborales? A primer oído, parecería que ser mamá es “cuidar”, “vigilar”, “castigar”, “apapachar”, “procurar”, “criar”... y parecería que el hecho de ser mujeres nos llevara inevitablemente (¿destino manifiesto? ¿condición innata?) a desarrollar este tipo de vínculo con-quien-sea: hijos propios, hijos de otros (de la pareja, de nuestros hermanos, de nuestras amigas), mascotas, maridos y maridas, colegas, subordinados. No creo que sea así. Debe haber literatura académica y de investigación al respecto, pero confieso que todavía no he leído nada. Eso, entonces, ¿nos diferenciaría de los varones? A la pregunta explícita de Alexis, no creo que haya hombres “maternas”, creo que hay hombres paternas (no paternalistas), que disfrutan su condición de varones sin que ello conflictúe su relación con los hijos. Sigo pensando que ser madrastra no es ser madre, y claro que me pronuncio a partir de mi propia experiencia. Creo que mi papel tendría una carga de maternazgo/maternaje si la madre biológica de mi hijastro fuera una madre ausente, pero no es el caso. Tampoco siento ese tipo de vínculo con mis sobrinos ni lo he desarrollado con mi pareja ni con compañeros de trabajo... curiosamente nunca había reflexionado sobre el tema desde esta perspectiva.

Victoria: ¿Cómo que no hay hombres maternas? Conozco a varios. Creo que la respuesta a esta pregunta incide en el meollo del asunto. Les cuento una anécdota para ilustrar el problema: una vez, en canal 11 (*Diálogos en confianza*, yo invitada como “especialista en género”), dedicamos un programa al tema de la maternidad (creo que se llamaba

“¿Madres o esclavas?”) y a alguien se le ocurrió la genial idea de introducir la cuestión de las mujeres que habían decidido no ser madres. Y que me señalan. Algo comenté, sobre todo del lado de la opción posible en la época posmoderna. Lo más interesante fue la reacción del respetable. Inmediatamente empezaron a llegar reportes de llamadas, algunas muy hostiles. Me sentí realmente agredida por un señor que pasó al aire y dijo que cómo era posible que estuviera yo promoviendo esa opción para las niñas y que era yo nefasta, en fin. Pero lo que más me llamó la atención fue una llamada que no se comentó en el programa, nada más me la pasaron a mí (un papelito); era de una ex alumna mía y decía (palabras más, palabras menos): “Yo conozco a la maestra Victoria y, aunque no sea madre, les juro que es una gran mujer”. Lo interesante es ese “aunque no sea madre”. Los valores de la feminidad están en juego en la maternidad. Es la demostración de la propia feminidad. Una mujer sin hijos es una mujer incompleta (en el imaginario popular, claro). Desde esa vez me he estado preguntando por qué la reprobación general es tan unánime y tan automática.

He esbozado algunas ideas: en principio, le doy la razón a la “sabiduría popular”: las mujeres que formamos este selecto grupo hemos vivido unas vidas hiperprivilegiadas. Y uno de los elementos clave de este privilegio ha sido precisamente nuestra decisión de no tener hijos. Es una solución de vida no muy popular. Mucha gente la desaprueba. Algunas feministas inclusive. Y es explicable: cierto feminismo ha optado por presentarse como un proyecto de vida —integral, absoluto, uno e indivisible— virtuoso. Y la decisión de no tener hijos no es una elección virtuosa. Adolece de una de las motivaciones más denostadas por las personas virtuosas: es obvia y evidentemente egoísta. Y ni siquiera nos tomamos la molestia de negarlo. El problema con este egoísmo individualista narcisista centrado en el propio bienestar y negador del altruismo supremo de la maternidad es que es precisamente lo que le está poniendo en su madre al mundo. Si de algo nos quejamos las mujeres es del egoísmo individualista de los varones que incluso pueden abandonar a sus hijos sin tentarse el corazón. Si las mujeres no tienen hijos, ¿no están repitiendo ese desentendimiento de los varones? ¿No se están volviendo varones (en el peor sentido de la palabra)?

Ahí entraría la provocación: ¿hay hombres maternos? Caray, conozco varones abnegados, domésticos y cariñosos, que han criado a sus hijos prácticamente solos. También varones súper colaboradores, que

cocinan, lavan y llevan a las criaturas al dentista. Según yo, la capacidad para entregar altruistamente la vida por otros no es biológicamente femenina. Pero se cultiva de manera preferencial en las mujeres. A los varones se les apaga desde bien temprano. Son raros los que pueden ser “maternales”.

Por último, otra provocación: el gran problema de los tiempos modernos es esta insistencia en la “propiedad” de los hijos(as). Para las mujeres, sobre todo, porque implica la responsabilidad individual sobre el producto. Una mujer tiene un hijo y ella solita tiene que responder al problema prácticamente sin ayuda (sí, ya sé que tenemos redes de ayuda, pero la responsabilidad sigue siendo de la madre, punto). No es una característica ni biológica ni transhistórica. Obviamente, hay culturas donde no existe ese desentendimiento de los hijos de otros: todos los integrantes adultos de la comunidad (mujeres y hombres) son responsables de todos los integrantes pequeños de la comunidad. Así es como me imagino una sociedad ideal: la reproducción de la especie no es un asunto individual, sino comunitario y colectivo. En fin, es principio de año, todavía podemos hablar de utopías, ¿no?

Sonia: Hay una cosa que no he visto en la discusión y tiene que ver con los ejemplos de maternidad que tuvimos la oportunidad de vivir cuando éramos niñas o jóvenes. Los menciono porque para mí fueron definitivos en la decisión de no tener hijos. De chica me tocó ver a una serie de madres (mi mamá y sus hermanas) muy problematizadas con la bronca de “sacar adelante a los hijos”, de forma que renunciaban prácticamente a toda clase de vida personal con tal de atender y mantener a sus criaturas. Luego, cuando mis primas empezaron a tener hijos la historia se repetía con ellas, de manera que a los 13 o 14 años yo tenía muy claro que eso de ser mamá era un trabajo enloquecedor y que se necesitaba algo más que ilusión y altruismo para entrarle a ese asunto.

Esta experiencia personal se me viene a la mente con frecuencia, cuando mis amigas con hijos me dicen cosas como: “es un desmadre, no queda tiempo para nada”, o de plano: “no tengas hijos, estás bien así”. Cuando oigo esas expresiones me sobrevienen preguntas como ¿en qué mundo crecieron?, ¿por qué nadie les dijo que la cosa iba a ser así? También pienso que a lo mejor sí lo sabían pero pensaron que correrían con mejor suerte, o que serían más inteligentes y manejarían la situación de modo más eficiente, pero la queja de las madres es casi unánime: hay que renunciar mucho a una misma y no parece justo.

Ahora sé que mis familiares tenían demasiadas broncas, en parte por la pobreza en que vivíamos, y que la maternidad se hubiera podido alivianar mucho con algo de dinero. Pero aun teniendo apoyos como niñeras, empleadas que se encarguen de la limpieza, la cocina, las compras y demás, el trabajo de la maternidad sigue siendo demasiado abarador. Tengo una amiga con bastante lana que va a terapia porque no quiere sentirse “sólo una madre”, a pesar de que se supone que decidió de forma muy consciente tener un par de hijos y dedicarse enteramente a ellos.

Ese aspecto “todoabarador” de la maternidad es algo que me tiene perpleja y me reafirma en la decisión de no tener hijos. Porque la maternidad me parece excesiva, demasiado importante o demasiado trascendente como para acercármele. Es como si le tuviera miedo, y sí, en parte, por qué no. Creo que se vale tener miedo a ser madre. De todos modos, hasta las mamás lo han tenido y eso no ha evitado que se vuelvan mamás, sea como sea.

Sólo para abundar en lo que comentaba Victoria acerca de las reacciones de casi todo el mundo cuando dices que no quieres tener hijos. Tengo 31 años y, como decía en el mensaje pasado, desde los 14 más o menos sé que no quiero entrarle a lo de ser mamá. Pero lo malo es que me dediqué a difundirlo a los cuatro vientos. En cuanto se presentaba la ocasión yo decía que la bronca era tener hijos. De hecho, en cierta época de mi vida, todos los males sociales se resumían en la sobrepoblación de la tierra (lo que no está tan errado, según dice Alba que comenta también Sartori). Pero pronto conocí la furia en los ojos de hombres y mujeres, unos más sensatos que otros, que me decían que estaba muy joven para hablar de esa forma o, peor, escuchaba el sarcasmo de algunas madres que me respondían: “eso decimos todas, y ya ves”.

La reacción frente a una mujer que declara no querer hijos puede ser hiperviolenta. En fin, lo aprendí y dejé de decir en público que no quiero tener hijos, así como dejé de decir que estoy a favor de la despenalización del aborto y del uso de la marihuana. Y esta forma de silenciar la posibilidad de una forma distinta de ser mujer es una forma de violencia, ¿no creen?

Por otra parte, Victoria también habla de la utopía de tener hijos de una manera distinta, y eso es algo que creo que a muchas nos gustaría, sobre todo a muchas que sí son madres, pero lo que habría que seguir pensando, creo, es ¿por qué es tan difícil darle la vuelta al modelo de la

maternidad?, ¿por qué no podemos cambiar la forma de tener hijos? o, a lo mejor plantearlo de esta manera: ¿en realidad no podemos?, ¿cuáles son los principales obstáculos?

Las soluciones individuales puede que sirvan, pero el problema grande persiste, así que ¿qué es lo que hace que la maternidad signifique la “responsabilidad individual sobre el producto”, como dice Victoria?

Fernanda: Claro que los insultos y el dar pena ajena es parte del numerito, pero también y cada vez más, un reconocimiento de mujeres de que estaría no sólo bien, sino magnífico no tenerlos. En general esta posibilidad la representan con un gesto y un silencio, no expresan con palabras esta aprobación de no tener hijos, pero te das absolutamente cuenta de que esa otra vida pasa por sus cabezas.

Miranda: Hola a todas, al momento de escribir “no madres” en el mensaje, pensé en la usadísima expresión “ni madres”, digo, esto ya es una digresión medio malsana pero es curioso que el “ni madres” haga referencia a algo así como: “ni de chiste” o “ni lo pienses” o “en lo absoluto” es decir, es un “NO” rotundísimo...

Pero, bueno, volviendo a lo que han escrito en estos días, quiero comentar algunas cosas.

Yo, de repente, dudo un poco en la separación de la maternidad biológica y la sustituta, por llamarla así. ¿A fuerzas tendría una que embarazarse para ser madre? ¿Qué estamos entonces pensando de las madres adoptivas? ¿Podríamos decir que la maternidad solamente incluye a las primeras? Es decir ¿hablaríamos más de maternazgo o exclusivamente de cuando los hijos no son procreados por el propio cuerpo? Digo, porque una cosa sería ser la madrastra, como bien plantea Alexis, pero otra puede que lo sea el que una mujer asuma como su hijo(a) al bebé que acaba de adoptar. De hecho, hay mujeres que no quieren decir que no son las madres biológicas, y acá parecería entonces que sí pesa, y mucho, la biología: se espera que la descendencia adoptada busque tarde o temprano a la “verdadera” madre y digo ¡ah chingá! ¿es la verdadera? Por toda esta confusión que traigo, me vuelvo a preguntar: ¿qué tanto sigo guiada por una idea muy biológica de que la madre-madre, es decir, la de verdad, es la que se embarazó y tuvo al bebé? Me gustaría saber qué piensan.

Por otro lado, también he pensado en los espejos de la maternidad que menciona Alba, y sobre todo en el aura sagrada que se le adjudica y

su cualidad de ser omnipresente, abarcadora, para siempre (como también menciona Sonia). Este maternazgo para siempre me espanta, me da muchísimo miedo; además, la verdad es que creo que temo mucho al dolor que puede existir en esto: enfermedades, tristezas, accidentes, muertes y etcéteras de los hijos. Ahora que lo menciono, abro un tema personal que pocas veces he hablado, sobre todo porque no se ha dado el espacio. Me remite mucho al dolor de las madres, y es el dolor que experimentó la mía.

Mi hermano el menor, el que sigue de mi hermana N., nació con problemas. Él, C., ahora tiene 33 años y es lo que se dice en la actualidad “un joven con capacidades distintas”, lo que en mi infancia se conocía lisa y llanamente como retrasado mental. Mi hermano nació con retardo, nos fuimos dando cuenta paulatinamente, aunque desde que era muy pequeño empezamos a observar cosas anormales en su comportamiento y desarrollo. Y yo recuerdo, aunque entre nubes, mucho dolor y tristeza, pero también una ira enorme contra el mundo, contra mis padres y contra dios (en el cual creía bastante más que ahora) por no tener un hermanito “normal”. Mi mamá (claro, también mi papá), sufrió muchísimo, fue un golpe enorme para ella no ver a su hijo sano y sin posibilidades de hacerla en esta vida, considerando que varios médicos fueron bastante ojales y dieron cero esperanzas para que C. pudiera tener al menos una vida feliz. Vamos, prácticamente nos lo planteaban como un vegetal que no iba a poder ni tomar una cuchara. Afortunadamente no fue así, pero eso es otra historia, al igual que la, digamos, rabia que les agarré a los médicos por los malos tratos que mi mamá y mi hermano experimentaron en el peregrinaje para encontrar opciones.

Creo que eso me marcó y me hizo por supuesto mucho más fácil este “ni madres”. Cuando hace poco vi la película de *21 gramos* no pude imaginar el dolor tan enorme de la mujer que pierde a las dos hijas y al marido ... se me hizo cabroncísimo. Y sí, creo que más allá de lo que puedo teorizar, también está este elemento emocional fuertísimo: no quiero correr el riesgo del dolor. Esto me hace mucho sentido respecto a lo que Alba señala en cuanto a la maternidad “bondadosa y abnegada”. Yo le saqué a esto, me parece algo infinitamente fuerte y creo que en parte se debe a que tuve acceso desde pequeña a esta ambivalencia de la maternidad en el caso de mi madre. Yo llegué a desear que mi hermano se muriera, por ejemplo, tema que me tomó años articular en terapia. Nunca lo he hablado con mi madre, pero no sé si la idea de “tener un hijo” está tan cargada de un halo de perfección y alegría que enfren-

tarse con un hijo “imperfecto” ubica a cualquier mujer en otro lugar frente a la maternidad, al menos a mí.

Por otro lado, a esta experiencia le agrego lo que ya hablé antes: mi gusto por el trabajo, mi estilo de vida, mi independencia, etc. Pero hay también este aspecto de la maternidad sufriente y dolorosa que no quisiera transitar y creo que en una parte importante de mi decisión está la certeza de que, en mi caso, viviré más tranquila mi adultez, mi “adultez en plenitud”, jé, y los años que me queden por vivir siendo no madre. No sé qué pase, pero no me preocupa para nada el no dejar descendencia en este saturado mundo. El supuesto de la trascendencia de la vida que menciona Alba me tiene sin cuidado, y no sé por qué hasta suspiro pensando que no tendré que dejar a alguien concebido por mí ... es un alivio el que se me haya olvidado tener hijos.

Ahora estoy reconstruyendo un buen de cosas que en general se me habían olvidado, y me ha gustado mucho lo que planteó Fernanda sobre el olvido como acto político, aunque tengo que masticar un poco más este asunto. Quizás no he mirado mucho esta parte y para eso sirven los foros ¿no?; también me ha pasado un poco inadvertida la hipervigilancia que podemos experimentar al ser mujeres, “aunque no seamos madres”. Y creo que yo ni siquiera he negado mi “egoísmo”, porque también se me olvidó que no tener hijos puede ser visto como un acto de supremo egoísmo individualista, sobre todo ¡teniendo un útero, ¿no?!

Pensando en las preguntas de Victoria, pues creo que no tener hijos no nos está volviendo varones, y de entrada parto de lo biológico y lo que es ampliamente conocido en México, al menos en mi rancho chilango: conozco un buen de personas que no tienen padre, mientras que es raro que no tengan madre. Tengo varios amigos y amigas que no saben qué *pex* con el padre, se fue por cigarros, o nunca estuvo. Es decir, los hombres pueden tener un buen de hijos/as biológicos/as y seguir con su vida felizmente, pero para una está medio cañón, a menos que cometan infanticidio, lo des en adopción o algo así. Es decir, entramos al tema “incómodo”: las madres “hienas”, “desnaturalizadas” sobre las que es muy fácil hablar y que se juzgan severamente por la sociedad, mientras que se habla poco de los muchos hombres inexistentes real o simbólicamente. Lo dice el refrán: madre sólo hay una y eso se lo recuerdan a las madres SIEMPRE. A los hombres, no.

Finalmente, creo que hay hombres “maternales”, claro no abundan, pero existen. No solamente aquellos que crían a sus hijos solos,

sino algunos que asumen con la mujer el cuidado, apapacho, educación, crianza y se vinculan súper afectivamente con los chamacos.

Por ahora se me acabó el rollo... estoy muy contenta porque me fueron saliendo varias cosas que no sé si quería decir, pero ya las dije...

Victoria: La reflexión de Miranda sobre el dolor me parece crucial. Porque una de las (doscientas) razones que me convencieron de no tener hijos(as) fue ese miedo terrible que me dio cuando me di cuenta de que las criaturas se pueden morir antes que las madres. Tal vez no fue la única razón, pero sí fue muy pesada a la hora de los cocolazos.

Alba: Me cae que es cierto que somos mujeres hiperprivilegiadas (citando a Victoria) por haber “olvidado activamente” el mandato teleológico que destina nuestras vidas a la maternidad. El olvido de tal acto nos lleva a resignificar la no maternidad, y de paso la maternidad, al no ver a la primera como una pérdida, un vacío o una tristeza, sino como un hecho liberador, expansivo, y gozoso.

Me encantará ver la caricatura que dice Fernanda. Todavía no me la acabo, pero imagino el rostro de asombro o de sorpresa de una mujer —que se lleva la mano a la cabeza— por haber estado tan entretenida en otras cosas de la vida, que efectivamente, no se acordó de la memoria genética ni del recuerdo social de cada día, ¡porque no le dio la gana! Porque se miró en mil espejos de otras mujeres, como dice Sonia; que la aterrorizaban, la entristecían, la indignaban o la enojaban con su propio género, o con el androcentrismo de los varones, indiferentes e incompetentes en cuestión de la crianza. Todo ello aderezado por un capitalismo tercermundista salvaje. O tal vez también, porque se cansó de ver a las mujeres mayoritariamente solas “sacando adelante a sus hijos” sin el apoyo de los varones ni de nadie más, a pesar de ser objeto de mil promesas.

Pero dicho así de esta manera, parecería que no hay posibilidades de que existan maternidades gozosas, que nos hagan sentir orgullo y alegría por las madres, ni que haya hombres maternales (duda de Alexis), o estados y comunidades que se comprometan o puedan comprometer altruistamente (como es el sueño utópico de Victoria) y se hagan cargo de los niños y las nuevas generaciones. Y ya puestas en el camino del sueño diurno, ¿por qué no pensar en ejercer y practicar nuevas maternidades/paternidades? —en plural— que tiñan de colores diversos el futuro posible (del sueño anhelado por una tal Patricia Mercado y otros tantos-tantas México-posibilistas).

Yo creo que nuestra tarea pendiente como feministas —y vuelvo al panfleto— es desmitificar la maternidad. El mito de que “madre sólo hay una”, que es un ser maravilloso que “ama a sus hijos incondicionalmente, por encima de todo” es falso. Detrás de este mito hay una historia no contada; hay abusos de poder ejercidos por el androcentrismo, pero también por las propias mujeres/ mujerismo/ hembrismo/ maternalismo u oportunismo maquiavélico de algunas; hay trampas, hay violencia, hay poderes omnipotentes ocultos tras la figura de las madres. Hay también explotación de unas mujeres hacia otras, que hacen las labores maternas o de maternazgo en silencio o en subordinación y sin reconocimiento de su trabajo, porque se naturaliza por identidad de género.

Sonia comenta un asunto que me interesa retomar, y es el reflejo de culpa que irradian las (auto)señaladas como “malas madres”; porque trabajan y dedican poco tiempo a sus hijos. O porque andan por ahí en otros asuntos, por fuera de sus responsabilidades como madres.

Creo (si es que comparto el mismo sueño utópico de Victoria) que si la responsabilidad de la educación y del cuidado de los niños no es un asunto individual, genético o privado, sino un asunto que demanda altruismo y compromiso por parte de las personas y las comunidades sociales, esta culpa tiende a disminuir. Porque los cuidados vitales que requiere un bebé humano, un infante, un adolescente o un joven, pueden ser provistos con la misma destreza, cuidado y eficacia por cualquier otra persona, que no necesariamente tenga un lazo consanguíneo o parental, sino la voluntad amorosa-cuidadosa y profesional de hacerlo.

Alexis: Pues yo insisto en que madre no es sólo una y que se puede, se vale ser madre aunque no hayas parido. Asumo que la valoración que se ha dado a la reproducción y a la valoración de la descendencia propiamente, pueda llegar a adquirir un vínculo diferente. Es decir, no biológico, sino socialmente construido.

Cuando mi compañera y yo criamos al hijo, ella era mucho más miedosa de que la criatura fuera. Es decir, se atreviera, tomara riesgos, se independizara. En cambio para mí era un reto permanente. ¿Estarán acá los temores? ¿Se afianzan en las madres biológicas más que en las no biológicas?

Cuando hablamos de los comportamientos maternos de protección, cuidado, apapacho, abnegación, entrega, entre otros, ¿se vincula sólo a las mujeres? Yo también creo que hay hombres maternos; si no, me asusta que estemos biológicamente condenadas. Que si no tenemos

hijos biológicos, sigamos buscando en otros u otras cómo hacerlos dependientes de nosotras.

Mi papá era muy maternal con sus subordinados —¿o sería patriarcal?—, los apoyaba en su desarrollo en todos sentidos, con permisos, la escucha, la discusión y hasta con préstamos económicos, no sólo para su desarrollo sino hasta para la supervivencia. Cuando tuvo un cargo en un colegio, igual le preocupaban las alumnas que estaban en el internado y les procuraba actividades colectivas, en algunas de las cuales estuvo involucrada mi hermana.

Incluso, algunas donaciones importantes que recibió, prefirió dirigi-rlas a algunos de sus colegas que él consideraba necesitaban más. Lo que ocasionó más de un conflicto familiar.

Así que la maternidad no es privilegio de las mujeres, se comparte con algunos hombres y algunas hasta se logran efectivamente escapar.

Pero con los comentarios de Miranda y Alba y una experiencia reciente, me pregunto: ¿por qué la necesidad de saber quién es el padre biológico? Hay personas, yo conozco mujeres, que han hecho una buena inversión psicológica, social y económica en indagar e ir a buscar al padre, porque aunque los han localizado por teléfono, ellos no han hecho nada para encontrarlas. Algunas veces, no reciben la respuesta esperada, pero quedan más tranquilas. No obstante, hay otras que temen el encuentro, más bien la búsqueda.

El dolor de la responsabilidad social de tener hijas perfectas va más allá de lo biológico, ¡ay de la madre que tiene hijas reprobadas, delincuentes, pero sobre todo afeminados, lesbianas u homosexuales! ¿Hasta cuándo dura la carga de ser madre? Pareciera que ni aun cuando han construido una nueva familia. La responsabilidad y la preocupación por tener hijos de bien e hijas adecuadas prevalece hasta el fin de los días, ¿será?

Larissa: Quizá mis intervenciones han sido un poco confusas, porque no creo que la maternidad sea una y mucho menos que sólo sea biológica. En mi experiencia, el ser madrastra no ha tenido tintes de maternazgo, pero sé que muchas mujeres llegan a ser “madres” de sus hijastros, sobre todo cuando comparten más tiempo y vivencias “clave” con ellos. Yo vivo una experiencia de mucho acompañamiento, pero mi hijastro no vive conmigo y, aunque su mamá es una presencia un tanto “x” (digamos que duermen en la misma casa, pero no hay un apoyo constante), tampoco ha llegado a desarrollar ese vínculo conmigo. Me

parece que su lazo más sólido es el que tiene con su papá, irónicamente, sin vivir con él. Digamos que es el adulto que más confianza le inspira (en todo sentido: para pedirle ayuda y apoyo, para sentirse cómodo y seguro, para proveerle emocional y materialmente)... lo que me lleva al otro punto, yo no veo a Yuri (mi pareja) como un "hombre maternal", sino como un "hombre paternal". La idea de abnegación, cuidado, sacrificio, ternura, renuncia, sufrimiento y gozo como exclusivas de las mujeres (madres en cualquiera de sus formas) me resulta chocante, creo que son rasgos humanos y pueden ir tanto con una madre como con un padre.

Algunas de ustedes han abundado en sus razones para no ser madres. Las mías son también variadas y (el trabajo apremia), las resumiría así:

1. Gozo de mi independencia.
2. Miedo a convertirme en mi mamá.
3. Disfrute de otro tipo de responsabilidades.
4. Miedo al dolor (físico y emocional).
5. Renuencia a comprometer el resto de mi vida con otra persona.

Artemisa: No se cómo lleguen o se interpreten mis palabras escritas ahora, pues para escribir sobre este tema tan profundo y crucial en nuestras vidas se requeriría de mejores recursos de escritura, para darle forma a la experiencia. Por ello quiero decir que en ningún momento me siento mal o arrepentida por no ser madre, que estoy también consciente de que se trata de una bella y difícil experiencia de un vínculo amoroso, que yo no conoceré, como otras experiencias que no tendré, pero que eso no me hace menos feliz que otras mujeres, no magnifico la experiencia, aunque la reconozco y le doy un lugar en mi vida. En algunas charlas con mis amigas, también dije que había más razones para no ser madre que para serlo y supongo que estarán de acuerdo conmigo, así que una conclusión es que la maternidad es más un asunto de deseo que de razones y que claro que el deseo, en algunas de nosotras, ha sido razonado. No quisiera terminar sin compartir con ustedes, y sin ser esto un lamento, que hoy a mis ya 51 años me veo y me siento distinta y que hasta ahora y hace muy poco puedo sentir y verme con esa disposición y capacidad amorosa para darle a otros, sin afectar su vida, como lo requiere un hijo(a) y que no ejerceré esta nueva energía de esa manera y que por ello, sin sufrirlo, viví el duelo de no ejercer esta nueva energía amorosa, pero me hace muy bien y me da una

profunda confianza y seguridad sentir que, en mí, se está convirtiendo en energía creativa para vivir con otra fuerza.

Victoria: Uno de los momentos de autoconciencia más cruciales de mi vida ocurrió cuando yo tenía como 18 años y mi madre terminó una acalorada discusión conmigo con la incontestable frase: “tú lo que quieres es hacer lo que te dé la gana”. Mi cinismo fue suficiente para aceptarlo yo misma, pero no alcanzó a permitirme la inaudita libertad de contestarle a mi madre. Me quedé callada, pensando: “sí, por supuesto, eso es lo que quiero. Pero es clarísimo también que a mi mamá eso no le parece virtuoso en absoluto”. Seguramente no pensé la palabra “virtuoso”, pero tenía suficientemente claro el hecho por alguna extraña —o tal vez no tan extraña— razón, eso de querer hacer exactamente lo que a una le diera su regalada gana estaba mal. Y es clarísimo también por qué: porque la gente egoísta es antisocial. Me he pasado buena parte de mi vida negociando con los egos que coexisten con el mío y sé —igual que el resto de la humanidad— que las más difíciles para llegar a soluciones benéficas para todos son precisamente las personas que están dispuestas a pasar por encima de todo aquello que se les oponga —principios, personas, ideas, advertencias, amenazas— con tal de hacer sólo y nada más aquello que les da su gana.

Ahora, con la perspectiva de más de 30 años en que he tratado de —y, por supuesto, no he conseguido— hacer lo que me diera la gana cada vez que se me ha presentado la oportunidad de decidirlo, veo el problema precisamente como uno que atañe a las mujeres. De las mujeres se espera —como no se espera de los varones— que renuncien a sus ganas en beneficio de los demás: ésa es la definición más clara que conozco para la palabra “abnegación”. Y en la difícil decisión de no tener hijos(as) —porque no es trivial, sino que es activamente peligrosa— las mujeres de este siglo, como nunca antes en la historia, estamos poniendo en entredicho la obligación femenina de “abnegarse”. En fin: es comprensible la desaprobación casi generalizada; las mujeres que no tenemos hijos nos rayamos. Creo que es de elemental honestidad aceptarlo. Somos unas egoístas. Y ni siquiera recibimos el temido castigo que nos deparaba la moral al uso: no hay vestigios de soledad aterradora, frustración, arrepentimiento, desamor o tristeza insuperable; ni siquiera hemos permitido que nuestra vida se asocie automáticamente con la esterilidad de la gente centrada exclusivamente en sí misma.

Larissa: Tras mucho reflexionar y todavía sin recurrir a la literatura sobre las maternidades y el maternaje, creo que ser madre y ejercer

como tal, es decir, cumplir una función de maternazgo, es una decisión personal. Hay madres biológicas que no “ejercen”, aun cuando vivan cotidianamente con su(s) retoño(s). Hay mujeres que no se embarazan pero deciden (o les toca) cumplir esa función con hijastros, sobrinos y hasta parejas. Hay mujeres que no nos embarazamos y tampoco decidimos ser madres de nuestros hijastros(as), como es mi caso. Sigue pareciéndome importante no negar la importancia de la paternidad en el caso de los varones, no me imagino a un hombre maternal, aunque comprendo el concepto para distinguirlo de la paternidad ausente que por regla general se vive en sociedades como la nuestra, pero cuando un padre decide ejercer como tal al cien por cien, prefiero imaginarlo como varón paternal, pues creo que la maternidad y la paternidad alimentan la formación y deformación de los hijos en formas muy distintas.

No ser madre biológica sí implica pertenecer a un grupo escindido de los convencionalismos sociales, y tengo la impresión de que nos juzgan y descalifican más las mujeres que los hombres, excepto cuando ellos quieren ser padres a toda costa y acabas terminando una relación por ese motivo. Para las mujeres que sí son madres es más difícil aceptarlo por la libertad de que podemos gozar al no haber tenido hijos. Sin embargo, no necesariamente la vida de una mujer que no se casa o no tiene hijos es más fácil: hacerse cargo de una misma también es una responsabilidad y una chamba de tiempo completo.

Miranda: Es interesante el tema del egoísmo; el pensar que puedo ser vista como casi antisocial por no tener hijos. Yo estuve pensando más bien en estos días en algo que toqué en mi terapia a raíz de mi participación en el foro. Mi *shrink*, o loquero de cabecera, y yo estuvimos conversando de temas varios, incluido este último y algo que me quedó dando vueltas es más que nada el tema de la no-decisión. Es decir, en mi caso, no hubo una decisión de sí o no ser madre derivada, por ejemplo, de alguna posibilidad de embarazo, ni siquiera experimenté alguna vez ese “deseo maternal” que me hubiera podido ubicar al menos en la fantasía como una mamá.

La pregunta es, entonces, ¿puedo hablar de maternidad o de no maternidad si nunca me enfrenté a esa disyuntiva?, ¿qué puedo decir? Ni siquiera llegó a un rango preconsciente de decisión, simplemente fue una negación a algo que en teoría estoy “apta” para realizar: reproducirme. Sin embargo, esta opción quedó borrada, digamos que en mi caso el “se me olvidó tener hijos” checka perfectamente. Así que la pre-

gunta que me queda es: ¿qué hay más allá de mi conciencia que me llevó a que mi cuerpo simplemente desechara el camino de la maternidad biológica? Por ejemplo, no tengo idea alguna de si soy estéril en el sentido biológico, o si una parte de mí, inconsciente, fue la que me puso en este camino de ser simplemente una mujer que, más allá de caracterizarse “con o sin hijos”, se puso a hacer otras cosas en la vida.

Ya he hablado de todos los posibles motivos y situaciones que me hacen pensar, en mi aquí y ahora, por qué estoy sin hijos; sin embargo, queda esta sensación no expresable fácilmente de que mi corporeidad, de alguna manera, “me puso en este camino”. Un camino que, por fortuna, he asumido felizmente sin sentir que me hace falta un hijo. ¿Hasta dónde este olvido es —como lo planteó Fernanda en este foro— una decisión política? En este momento de mi vida responder esto me es difícil, pero es cierto que mi vida es esta única que tengo. La vivo en esta circunstancia que me permite hacer muchas cosas agradables, pero que no me excluye de los temores y terrores existenciales en este mundo que percibo cada vez más injusto y más ruin en muchos sentidos.

Pero me quedo con este agradable sabor de boca de haber podido compartir con ustedes lo que en ocasiones es difícil de pensar siquiera. Me llevo este sabor después de escribir sobre partes importantes de mi vida, una vida que para mí y solamente para mí —a mi medida— no ha sido estéril, sino que ha sido extremadamente rica, divertida y a veces dolorosa por todo lo que ha implicado. Si me pienso en la infancia o en la adolescencia, no creo que me hubiera visto a mí misma así como soy el día de hoy; de hecho, yo creía que a esta edad una ya no se preocupaba de nada y todo lo tenía resuelto. No sabía bien a bien adónde iba, pero ser mamá no apareció prácticamente nunca ni en mis más alucinadas expectativas. Nunca me gustó jugar a las muñecas, eso es lo que sí recuerdo, pero me encantaba dibujarlas.

Artemisa: Como lo vemos entre nosotras mismas, esto de las maternidades o la no maternidad es un aspecto que nos muestra una gran diversidad de formas de concebir y pensarnos y ejercernos como personas. Me gusta mucho lo que plantea Larissa, coincido con Victoria en sus últimos planteamientos y me parece muy bello el último texto de Miranda. Yo sólo quisiera decir para finalizar, por si hiciera falta, que en mi etapa reproductiva final sí invertí un tiempo corto y puse cierta energía para diluir dudas sobre mi maternidad biológica; acudí con un médico de la fertilidad, cuando declaré que quería ser madre o andaba

con la “locura” y el deseo de no renunciar a la maternidad; el médico me confirmó mi estado de salud y las posibilidades reales de ser madre, me sentí bien de saberlo y fui descartando en mi mente cosa por cosa, incluyendo la inseminación artificial (después de haberlo discutido con una amiga que se había embarazado por ese método). Descubrí que yo había deseado un hijo después de haberme sentido muy amada y sí, se trataba también de un final de mi vida reproductiva. Hice algunos planteamientos concretos, una fantasía fue la de compartir un hijo(a) con un amigo, me encantaba ese modelo, me parecía sumamente atractivo, lo confieso. Finalmente, y reconociendo que el deseo más fuerte estaba orientado a tener un hijo(a) de un amor grande de esa etapa, me decidí a plantearlo. Al recibir la respuesta negativa, que de antemano conocía, no sin dolor fue mi despedida del evento y del placer que supongo debe proporcionar. Nunca sabré, si hubiera obtenido una respuesta positiva, cómo sería o hubiera sido, como dice Miranda; es la vida de una nada más, pero sí debo decir que para nada comparto la idea de un supuesto egoísmo por el hecho de no ser madres, todo lo contrario yo me siento generosa, inteligente y responsable de una decisión, que aunque dolorosa, no me hace menos feliz. Igual que Larissa, opino que hacerse cargo de una misma es bastante difícil, así que yo digo que tan difícil es no ser madre como ya sabemos que lo es serlo.

Alexis: Con la removida que me dio Larissa al definir tan nítidamente el porqué de su no maternidad y las discusiones posteriores, le he estado dando vueltas. ¿Decidí no ser madre? Más bien me parece que no me planteé la posibilidad y que por ahí me seguí. No he buscado embarazarme, ni lo he evitado. No me veo por ahí. He disfrutado la crianza y el relacionamiento maternal con otras personas. Pero el disfrutar el silencio en la casa; tener y gozar un “cuarto propio”; meterte en la pareja sin otra distracción; ir a hoteles de adultos; hacer en tu casa, con tus vacaciones, con tu tiempo libre, lo que te dé la gana es un privilegio que disfruto mucho y del que no podría privarme.

Larissa: A mí también me regañaba mi mamá con este argumento “Siempre quieres hacer lo que te da la gana”... nada más que ella a veces añadía “y por eso vas a sufrir mucho en la vida”. ¡No lloren, ya está superado! Tengo mucha suerte, porque no sólo he conseguido salirme con la mía en un montón de cosillas, además trabajo en lo que me da la gana, vivo con quien me dio la gana, no me dio la gana tener hijos y bueeeeeeeno, así como que sufro-sufro, pues no.

Sonia: Lo más rico de este foro ha sido compartir con ustedes la certeza de que se puede ser feliz siendo una mujer sin hijos. Hay una frase que escuché una vez y me gustó mucho porque dice: “me gustan los niños, pero no los hijos”. Me identifico con eso. Me encantan los niños ajenos y los disfruto cuando están cerca, pero la maternidad para mí es el mundo patas pa’ arriba, y también el edén que no deseo, a pesar de las retribuciones que supuestamente tiene. Sé que la decisión de no tener hijos atenta contra un montón de valorespreciados en nuestra sociedad, pero también sé que ir contra esos valores es la única forma de encontrarme a mí misma o de inventarme y saber quién soy. Por último, considero que tomar la decisión de no tener hijos a muy temprana edad no excluye las dudas ni los vaivenes en el camino, como ocurre con todo en la vida, pero me parece mejor hacer explícitas las razones para no tener criaturas que dejar que el tiempo o las circunstancias decidan por mí.

No lo van a creer, pero anoche soñé que estaba embarazada y volví a sentir exactamente la misma aprensión que viví cuando me embaracé hace como siete años. La gran preocupación era: tengo que hacer algo, pero ya, porque si lo dejo pasar, al rato voy a tener un bebé en los brazos y voy a dejar de ser yo misma.

Alba: Para terminar, yo sólo agregaría que las mujeres que decidimos no ser madres, somos valientes —a pesar de que, curiosamente, para muchas personas fuimos justamente lo contrario: “cobardes”, por no haber querido comprometernos y responsabilizarnos de tener un hijo. Somos valientes porque desobedecemos un mandato social, que nos naturaliza a todas las mujeres como madres.

Fernanda: Después de leer lo que se ha conjugado de nuestro foro, me gustaría acabar completando la lista que Larissa inició justo al final de nuestra conversación virtual. Faltaron varios de los más de doscientos porqués de Victoria. Anexo algunos que hemos mencionado en la lista y otros que se me ocurre adherir. Algunas no tuvimos hijos además de por las poderosísimas cinco razones arriba mencionadas, por algunas otras nada glamorosas, razones *light*, de poca monta, pero sin duda compañeras de una vida intensa y entre-tenida, no por el futuro de los vástagos, sino por el siempre bienvenido fin de semana, por el artículo que nos es vital escribir, por el paso de tango que no podemos trenzar, por el galán o galana que queremos cortejar o seducir, por el programa de tele mañanero o por la siestita de las 3.30 despuesito de comer...

Confieso también que algunas de mis razones para no ser madre son de una frivolidad que me embelesa, una superficialidad que me hace pensar que la vida es un entre-tenimiento con lo profundo y lo superficial, que las decisiones vitales también compiten con la media hora de más en la camita en la mañana y el tiempo libre para leer o ver la tele, el fin de semana completito en la cama con el periódico en vez de los pañales y las novelas que se apilan...

Sí, reivindico las razones frívolas que a algunas nos han enredado con sus significados de ligereza, sensualidad e insustancialidad. Confieso que no fui madre por veleidosas, ligeras, sensuales e insustanciales razones, porque:

6. Me dio flojera (como a Miranda).

7. Porque estaba muy ocupada "haciendo lo que me diera la regalada gana" (creo que fue Victoria la que lo dijo, pero no puso "regalada"). Siempre que digan gana hay que decir "regalada gana").

8. Porque con la panzota no podía tocarme la punta de los pies.

9. Porque no me gustan las batas de franela con florecitas que se ponen las mamás.

10. Porque ni de chiste quiero decir frases que subrayan la propiedad privada de los niños y, ya entradas en posesiones maternales, de los maridos: "Hoy no me comió bien", "Ayer me hizo todo aguadito", "Me llegó tardísimo y borracho". Al parecer, en ocasiones, el sentido maternal de la propiedad privada se expande incontroladamente.

11. Porque si la novia o el novio de mi procreación no le hace caso, me van a meter a la cárcel por asesina.

12. Porque a lo mejor se me ocurre comprarme una de esas camionetas de última que las familias ansían para llevar a mis cucarachas a las clases de natación.

13. Porque no vaya a ser que empiezo a coquetear con esos cortes de pelo tipo Talía que todas las mamás *chic* lucen.

14. Porque quiero sostener conversaciones con mis amigas sin que las atraviesen los aterradores gritos de "¡¡¡Paquito, deja allí!!!"

15. Porque me pudre cargar pañaleras, esos objetos siniestros a los que todo les cabe.

16. Podría decir que no fui madre porque me entre-tuve con la vida, la veleidosa, la sensual y también la insustancial, la que no te lleva a ningún lado en van familiar y te permite perder el tiempo, una de las bendiciones más profundas de la vida...